

¿Quién soy yo?



ANTONIO REDONDO GARCÍA

pp. 295-299

*Revista Paideia 118 (2023),
ISSN: 0214-7300*

Aunque son ya muchos años los que me acontecen, después de tanto tiempo aún no consigo saber quién soy verdaderamente. Me miro al espejo y sí, me reconozco, esa silueta, ese rostro que me acompaña, pero que no ha sido siempre el mismo.

Ahora que me siento aquí, sereno, mientras que escucho mecerse suavemente las ramas del sauce llorón del jardín, paso con parsimonia las páginas del álbum de fotos de mi niñez que con tanto cariño mi padre confeccionó en su día. Observo la imagen en que mi madre me mira con ternura mientras que yo intento sostenerme torpemente sobre mis pequeñas piernas, o cuando mi hermana, cuatro años mayor que yo, me abraza con fuerza temiendo que pueda resbalarme cual pececillo de entre sus brazos menudos.

En tanto voy posando mi mirada en cada una de esas fotografías, las escudriño con quietud, observando los cambios que progresivamente sobrevienen en mi particular fisonomía. Durante todo ese proceso, no puedo dejar de imaginarme la imagen que esta mañana me devolvía el espejo del salón. ¿Realmente ese soy yo? ¿Ese yo que mi padre levanta sonriente sobre su cabeza, ese yo que monta detrás de su hermana en bicicleta, ese yo que feliz celebra su décimo cumpleaños, es el mismo yo que el que ahora sujeta entre sus manos este viejo álbum raído por el tiempo?

Entre todos los episodios acaecidos en mi vida, ¿qué es lo que ciertamente permanece? ¿Qué es ser «yo»? ¿Soy el mismo yo que cuando era bebé, que cuando jugaba en el colegio, que cuando iba a la universidad, que cuando impartía clases en el instituto o cuando era padre por vez primera? ¿Es un único yo el que persiste invariable en todas mis experiencias vitales, o «soy» simplemente un inmenso cúmulo de vivencias que mi imaginación procura dar unidad a través de mi memoria, inventándose un supuesto sustrato al que todas ellas parecen remitir?

Confieso que pensar en todo ello me aturde, no pudiendo evitar cerrar el álbum con premura y alejarme de él dejándolo abandonado sobre la mesa del

jardín. Mientras que observo dos gráciles jilgueros internarse entre las ramas del sauce llorón, unas tímidas gotas de lluvia golpean mi cabeza desnuda y muy pronto comienza a llover con fuerza. Me apresuro a refugiarme bajo la pérgola de madera, permaneciendo atento a cómo el agua golpea rítmicamente en el suelo, olfateando pausadamente el agradable aroma de la tierra mojada. Es en ese momento cuando siento que me encuentro en paz conmigo mismo y empiezo a preguntarme si es con ese estado de ánimo en el que me encuentro con el que plenamente me identifico.

Hace unos días terminé de releer *La Celestina* y admito que, aunque siempre haya sentido rechazo hacia su protagonista, no deja de fascinarme el personaje que la misma representa. Ella es capaz de adaptarse al habla y a la circunstancia en la que se halla la persona con la que conversa, pero ¿existe algún momento en el que se exprese con sinceridad? ¿Cuál es esa Celestina que se identifica con ella misma, alejada de la naturaleza de su oficio de alcahueta?

Ante tal pregunta, no puedo dejar también de hacerme a mí mismo. ¿Cuándo me comporto como yo mismo soy? Recuerdo todos aquellos momentos en los que me he sentido tremendamente inseguro al conocer por vez primera a alguien, donde al intentar entablar una conversación, mi hablar se ha vuelto torpe y vacilante. ¿Soy ese yo realmente? La negación sin duda alguna resulta rotunda, pero no puedo dejar de hacerme esa misma cuestión si echando la vista atrás me contemplo hablando con mis padres, impartiendo clase a mi alumnado o conversando con mis hijos: ¿con cuál de esos supuestos «yos» plenamente me identifico? Estoy convencido de que no me comporto ni actúo de la misma forma cuando me encuentro con determinadas personas, intentando adaptarme cual Celestina a la circunstancia con la que tropiezo, y es que las diferentes circunstancias en las que continuamente me voy hallando indefectiblemente me condicionan. Estoy tan inmerso en mi relación con los otros, que no consigo saber quién o qué soy ciertamente. A través de mi relación con los demás me revisto de innumerables máscaras que me voy quitando y poniendo, ocultando inevitablemente mi rostro con ello. ¿Existe

algún momento en el que no vista alguna de esas máscaras dejando así libre y desnudo este yo que soy? ¿No seré más bien una especie de teatro andante que continuamente va representando papeles distintos? ¿Cuándo abandono el papel de padre, de marido, de profesor, de cliente, de vecino?

Quizá sea este momento de soledad, en el que me sitúo ante mí mismo, el que me otorga mi real identidad, o quizá sea incapaz de poder desnudarme por resultar un producto colectivo elaborado a partir de mi relación con los demás.

Finalmente, la lluvia cesa y de nuevo observo volar y alejarse a la pareja de jilgueros que se resguardaban en el interior del sauce llorón de mi jardín, mientras que no dejo de pensar en ese yo del pasado que se encontraba frente a ese viejo álbum abandonado sobre la mesa y se preguntaba por quién verdaderamente era.